

SERGIO TÉLLEZ-PON

RETRATOS CON FEDERICO



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección **HISTORIA Y PENSAMIENTO**, 40

© Del texto, Sergio Téllez-Pon, 2023

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, S. L. U., 2023

Todos los derechos reservados.

Agradecemos al Archivo de la Fundación Federico García Lorca, Centro Federico García Lorca, por facilitarnos la mayoría de las fotos que aparecen en este libro.

Primera edición: mayo, 2023

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras

Diseño de cubierta: Ezequiel Cafaro

ISBN: 978-84-18322-30-3

Thema: DNL, DNBH

Depósito legal: M-9296-2023

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

Sumario

| | |
|--|-----|
| PRESENTACIÓN. LA AMISTAD ES COSA SAGRADA | 13 |
| I. DOS HIJOS DE WHITMAN | 23 |
| II. FEDERICO Y LOS CONTEMPORÁNEOS | 41 |
| III. UN FUGAZ E INTENSO ROMANCE | 71 |
| IV. ÁNGEL Y DEMONIO EN EL CARIBE | 89 |
| V. RISA DE ARROZ HURACANADO | 111 |
| VI. FOTOGRAFÍA FINAL | 129 |

*A Eduardo Mendicutti y Luis Muñoz,
andaluces como Federico.*

Lo querían matar
los iguales
porque era distinto.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, «DISTINTO»

Felice chi è diverso
essendo egli diverso.
Ma guai a chi è diverso
essendo egli comune.

SANDRO PENNA

Amo el amor de los marineros
que besan y se van.

PABLO NERUDA

Presentación

LA AMISTAD
ES COSA SAGRADA

Federico García Lorca fue amigo de varias personalidades de la literatura, el teatro e, incluso, de la política a lo largo de todo el continente de la Ñ, como llamó Carlos Fuentes a los países hermanados por el español. Hoy en día, «amigo» puede parecer un concepto muy laxo o banalizado, basta pensar que Facebook permite tener hasta cinco mil «amigos» aunque no se conozcan, no se frecuenten o estén a miles de kilómetros de distancia. La modernidad ha convertido la amistad en fácil moneda de cambio, y la etiqueta «amigo» se otorga como si se regalara un chocolate. Pero, en las primeras décadas del siglo xx, este tipo de relaciones dependían de varias circunstancias, entre ellas, los viajes y la tediosa espera del correo postal. La correspondencia era el medio más efectivo para conservar y continuar con una amistad. Por eso, cuando finalmente llegaba una carta, la sorpresa al descubrir quién la enviaba y qué grato mensaje reservado traía exclusivamente para el destinatario.

En el caso de García Lorca, puedo asegurar que fue amigo de las personas que aparecerán

a lo largo de estas páginas, y de otras más, porque así lo hacen pensar muchos testimonios de quienes lo conocieron y trataron: casi siempre lo recuerdan con gran estima y, claro, admiración. Creía Montaigne que la amistad se sostiene por sí misma, que es un fin:

El último extremo de la perfección es la amistad. Por lo general, todo lo que el amor o el interés, la necesidad pública o privada forjan y sostienen, es tanto menos bello y generoso, tanto menos amistad, cuanto que a ella se mezcla otra causa, fin y fruto de la amistad misma.

Además, según Montaigne, la amistad es la relación perfecta porque proviene de nuestra libre voluntad y uno puede terminarla cuando desee. Agrega: «Lo que ordinariamente llamamos amigos y amistad no son más que uniones y familiaridades trabadas merced a algún azar o interés, por medio de las cuales nuestras almas se relacionan entre sí».¹ Desde luego, en el caso de García Lorca, sus amistades fueron desinteresadas, sinceras y leales, y con algunas de esas almas tuvo afinidades para realizar ciertos proyectos. Ese trabajo en común solo hizo que tales amistades se trabaran con mayor intensidad. Y luego, quizá, gracias a las circunstancias si se presentaba una inesperada invitación para

1 Montaigne, M. (1999): *Ensayos*, México, Océano, pp. 90-99.

hacer un viaje, emprenderlo con la ilusión de reencontrarse con un buen amigo.

Salvador Novo reconstruye parte de su encuentro con García Lorca y en un diálogo le dice, al parecer textualmente y con su característico acento andaluz: «Pa mí, la amiztá e ya pa siempre; e cosa sagrá; ¡paze lo que paze, ya tú y yo zereamos amigo pa toa la vía!». El andaluz ya había oído hablar, en Nueva York, sobre el mexicano y a este seguramente también le habían contado anécdotas sobre Federico. Además, lleva fresca la lectura de la «Oda a Walt Whitman» que se publicó como *plaquette* en México, de manera que alguno de los dos podría haber dicho, como Montaigne: «Nos buscábamos antes de que nos hubiéramos visto y por lo que oímos decir uno del otro, nos encariñaba más que el mismo trato, como designio providencial y nos abrazábamos por nuestros nombres». Por eso, aunque prácticamente apenas se conocían en persona, Federico daba por sellada esa amistad, y la consideraba sagrada porque solo dándole ese estatus es que podría ser duradera, para toda la vida, aunque no sabía que el destino le concedería solo unos cuantos años más. Para el granadino, la amistad no era cuestión de tiempo, sino de afinidades, de proyectos en común, de confabulaciones. Y así lo hizo con varios de quienes desfilan aquí: Emilio Amero, Antonietta Rivas Mercado, Pablo Neruda...

Su personalidad alegre y entusiasta, su «don de gentes», su «duende» hicieron sucumbir ante su persona a la más diversa y amplia gama de artistas y creadores. Rivas Mercado traza el mejor retrato de García Lorca en una de las cartas que le envía desde Nueva York al pintor Manuel Rodríguez Lozano, en México:

Federico es un angélico [...] es una criatura de Dios con estupenda, fina, aguda sensibilidad inquietante, de trato fácil [...] o intratable cuando la gente le cae mal [...] claridoso como chiquillo malcriado; va sólo a lo que le gusta, directo pero no primitivo [...] de una vieja familia andaluza, el padre es ganadero rico —descendiente de una de las familias moras que fueron de las primeras—, con un agudo buen humor irónico, discípulo y amigo de Falla, amigo de todo mundo —Jiménez, Ortega, etcétera—, optimista a fuerza de desesperación.²

Otro escritor, en la revista neoyorquina *Alhambra*, lo describió como «un niño precoz mimado por hadas locas». Luego, en Argentina, Pablo Suero escribirá al conocerlo: «La gran dulzura de su carácter, lleno de finas infantilidades, hace que uno lo quiera de inmediato». Este chiquillo tan avisado, este niño mimado, con sus gestos y actitudes infantiles, como su torpeza al

2 Rivas Mercado, A. (2018), *Obras*, t. II, México, Siglo XXI, pp. 230-231.

caminar o su peculiar acento andaluz, dejó entre sus amigos una estampa indeleble que ellos se encargarán de registrar y recordar siempre que puedan para darlo «a conocer a los que no te conocieron», como escribió Luis Cardoza y Aragón.

Justamente, el guatemalteco Cardoza y Aragón es otro ejemplo de cómo entabló una estrecha amistad que fue más allá de la muerte y el tiempo; sobre él me detendré más adelante, cuando García Lorca llegue a La Habana y se encuentre con la figura excéntrica y desgarbada de Porfirio Barba Jacob. En aquella ciudad caribeña, solo coincidieron los tres meses de la estancia del granadino (del 7 de marzo al 12 de junio de 1930), pues Cardoza ya estaba ahí desde un año antes en misión diplomática. Jamás se volvieron a ver; sin embargo, el guatemalteco guardó el resto de su vida un grato recuerdo de García Lorca, a quien nunca dudó en llamar «amigo». Como testimonio de esa amistad, Cardoza le escribió «El romance de Federico García Lorca», poema que es un guiño a los romances del granadino y que con sus negros, mulatas y sonos, evoca esos días en La Habana; por su parte, García Lorca le dedicó «Pequeño poema infinito», después incluido al final de *Poeta en Nueva York*. Más tarde, al recibir la impactante noticia del asesinato, Cardoza escribió «*In memoriam probable*», un artículo lleno de sentimiento en

el que se negaba a asumir que su amigo había muerto; luego, cuando se publica, en México, *Poeta en Nueva York* (Séneca, 1940), Cardoza es de los primeros en escribir una elogiosa reseña. Finalmente, escribe el largo poema «Soledad de Federico García Lorca».³ Cuatro textos en unos cuantos años no son poca cosa, reflejan la lealtad a una amistad, pero también a preservarla a pesar de la distancia y la muerte, pues Cardoza jamás se olvidó de Federico. Los meses que pasó en La Habana fueron descritos por un periodista como «el agitado ritmo de su existencia habanera, llena de agasajos, de charlas y de homenajes abrumada por la dulce tiranía de la amistad». En efecto, eso es también la amistad: una dulce tiranía.

Además de estas personas, también aparecerán aquí sus «amigos», tal como lo entendían los griegos y Montaigne en su ensayo sobre la amistad que he citado arriba. Al contrario de sus numerosas y buenas amistades, las relaciones amorosas no se le daban con la misma facilidad, pues cada una fue un fracaso. Paradójicamente, sus rupturas o conflictos amorosos repercutieron en su obra y también ayudaron a dejar testimonio sobre la forma en que vivió su sexualidad. Es conocido el romance con Salvador Dalí que tanto entusiasmó y estimuló creativamente

3 Cardoza y Aragón, L. (1986): *El río*, México, FCE, pp. 332-353.

a García Lorca, pero después, por la intervención de Luis Buñuel, todo se fue al traste. De la tormentosa relación con Emilio Aladrén, escapó a Nueva York, lo cual provocó que existiera *Poeta en Nueva York*, y que, en *Viaje a la luna* y *El público*, haya una presencia fantasmal de este apuesto joven. Finalmente, Rafael Rodríguez Rapún, muchacho que ni siquiera era homosexual, además, veleidoso que a veces mostraba afecto por el poeta, pero otras no, fue la inspiración para la escritura de *Sonetos del amor oscuro*.

Estos sonetos son un claro ejemplo de la disyuntiva en que se encontraba García Lorca con respecto a su homosexualidad y cómo vivía sus relaciones amorosas. Ian Gibson cuenta que, cuando pudo conversar con Vicente Aleixandre, el premio nobel recordó lo que García Lorca le había dicho sobre el concepto «oscuro», con el cual se refería al «amor de la difícil pasión, de la pasión maltrecha, de la pasión oscura y dolorosa, no correspondida o mal vivida, pero no quería decir específicamente que era el amor homosexual».⁴ Luego, Gibson descubrió a lo largo de la obra lorquiana que, efectivamente, el granadino usa «oscuro» en relación con la homosexualidad, lo cual, según él, invalida las palabras de Aleixandre. Por mi parte, creo que las dos opiniones son válidas y complementarias, pues

4 Gibson, I. (2010): *Lorca y el mundo gay*, Barcelona, Booket, pp. 25-28.

no hay duda de que en el concepto «oscuro» va implícita la homosexualidad; además, por los prejuicios y tabúes sociales imperantes en aquella época, para García Lorca, el amor homosexual era irrealizable, prácticamente imposible o, en el mejor de los casos, había que mantenerlo oculto, de allí también su «oscuridad».

En estas páginas, solo me detengo en algunas de las innumerables personas que García Lorca conoció a lo largo de su vida y en sus distintos viajes por América. No son todas, pero creo que son las más relevantes o con las que confabuló mejor. La bibliografía directa e indirecta sobre la vida y obra de García Lorca es muy abundante y, desde luego, he echado mano de mucha de ella; en lugar de incluir una larga lista bibliográfica al final, he preferido mencionar, en el cuerpo de los textos, los libros que he consultado. Las primeras versiones de estos ensayos aparecieron en distintas publicaciones mexicanas, así que, para poder compilarlos en este libro, los he revisado, corregido y aumentado exhaustivamente.

Ciudad de México, marzo de 2023